



1192

SERAFÍN Y JOAQUÍN  
ÁLVAREZ QUINTERO  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

L A S B E N D I T A S  
M Á S C A R A S

P A S O D E C O M E D I A



5  
MADRID

1922



LAS BENDITAS MÁSCARAS

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

---

Copyright, 1922, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN  
ALVAREZ QUINTERO  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

L A S   B E N D I T A S  
M Á S   C A R A S

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro del Centro  
el 27 de Mayo de 1922



MADRID  
1922



*A LA FEDERACIÓN DE SINDICATOS OBREROS  
FEMENINOS DE LA INMACULADA*

*LOS AUTORES.*



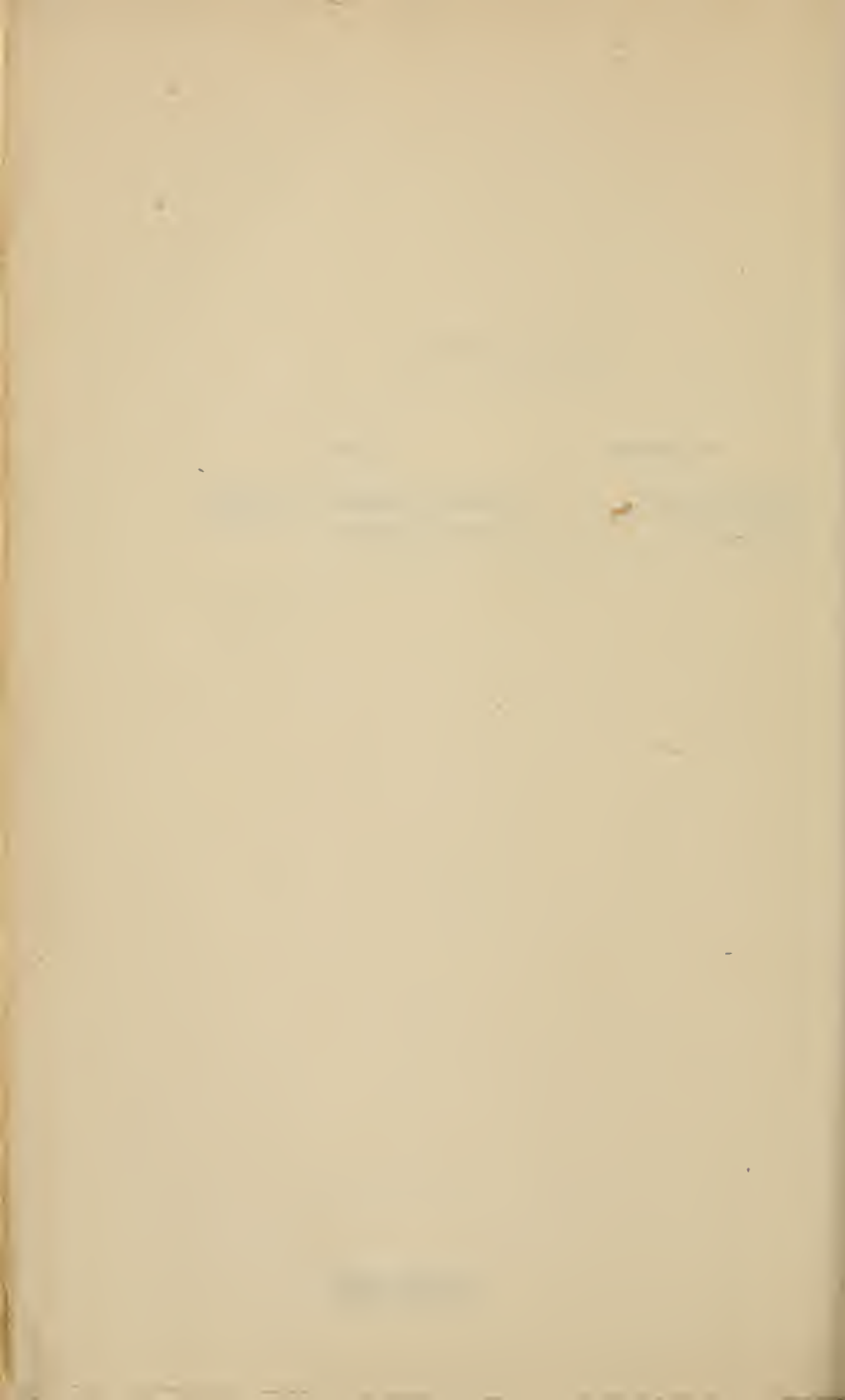


## REPARTO

### PERSONAJES

### ACTORES

ALEJANDRINA... ..	MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA.
EDMUNDO.....	RAFAEL RIVELLES.



## LAS BENDITAS MÁSCARAS

Cuarto de estudio en casa de Edmundo Rasales, en Madrid. Puerta a la derecha del actor. Muebles cómodos. Un gran espejo. Libros, papeles, periódicos, fotografías de personas notables, etc. Es por la mañana.

*Edmundo, joven actor que disfruta de la luna de miel con la opinión pública, estudia su papel en una comedia próxima a estrenarse. Grita, gesticula, se mira al espejo, y ni se gusta él ni le gusta el papel tampoco.*

EDMUNDO. «¡Aquí me tienes, sí; mírame cuanto quieras; no me arredrol ¿Qué pretendes de mí, murciélago bilioso?» ¡Murciélago biliosol... ¡Vaya si es raro y antipático el lenguaje de esta comedia! «¿Qué pretendes de mí, murciélago bilioso?» Nada, no me sale. Es que me da risa. ¡Yo no soy actor que sepa decir estas cosas! Además, veo frente a mí a Bermúdez, que es el *murciélago*, y no hallo manera de hablar. En fin, Edmundo, hay que tener paciencia: no todos han de ser papeles bonitos. *Enciende maquinalmente un cigarrillo y vuelve a su ensayo.* «¿Qué quieres, miserable reptil? ¿Qué buscas, prójimo execrable? ¿Sangre? ¡Pues yo te saciaré! ¿Escándalo? ¡Pues habrá escándalo! ¡Habrá escándalo!» ¿Y esta frasecita, si lleva el público mal vino? «¡Tú y yo hemos nacido para odiarnos eternamente! ¡Si tú aspiraras a ser Dios, yo querría ser Satanás!» *Burlándose.* ¡Bra-

vo! ¡Voy a estar en ridículo toda la noche! *Llaman a la puerta. Adelante, murciélago bilioso. Vuelven a llamar. Entra, Polilla, entra.*

*Y se abre la puerta, y no aparece en ella Polilla, precisamente, ni mucho menos un murciélago; sino Alejandrina Astudillo, gentil y bella dama.*

ALEJANDRINA. Perdone usted; no es su criado.

EDMUNDO. ¡Señora!

ALEJANDRINA. Perdone usted. Polilla, su criado, ha cumplido su deber escrupulosamente; me ha asegurado que no está usted en casa; pero como los gritos de usted se oyen desde la portería... no he podido creerlo.

EDMUNDO. Pase usted, señora; pase usted... y siéntese.

ALEJANDRINA. Muchas gracias. Y no le riña usted luego al chico, que ha defendido la entrada como un león. ¡Hasta llegó a decirme que no era usted el que gritaba; que era un gramófono!

EDMUNDO. ¡Ja, ja, ja! Lo tengo bien aleccionado.

ALEJANDRINA. Pero ha sido inútil esta vez.

EDMUNDO. *Galante.* Y no me pesa.

ALEJANDRINA. Eso... ya lo veremos. No se precipite usted a hacer declaraciones. Y entérese de esta cartita de un amigo suyo, para que sepa con quién habla.

EDMUNDO. ¡Ah! de Arellano; de mi doctor.

ALEJANDRINA. Que es el mío, justamente. Me asiste de muchas afecciones de la garganta, como a usted.

EDMUNDO. ¿Es usted actriz?

ALEJANDRINA. No, señor; pero hablo al cabo del día más que media docena de actrices en día de beneficio. Y, es claro, me resiento...

EDMUNDO. Ya. Arellano me dice en la carta una cosa que no tenía necesidad de decírmela.

ALEJANDRINA. ¿Y eso?

EDMUNDO. Me dice que es usted muy guapa.

ALEJANDRINA.

*Vendrá en verso... y será un ripio...*

¿No?

EDMUNDO. No, señora; porque a la vista está.

ALEJANDRINA. Aunque era inevitable la galante-  
ría, la agradezco. Y ¿qué más le dice Arellano?

EDMUNDO. Me dice que es usted viuda...—¡viu-  
dal... ¡tan joven!... — y que es menester que yo la  
atienda.

ALEJANDRINA. Las dos cosas son ciertas; pero in-  
dependientes... La atención que usted ha de prestar-  
me es en absoluto ajena a mi viudez. Cuidadito...  
Sólo que usted, como galán de moda, en seguida ha  
visto otro horizonte...

EDMUNDO. No, no, señora.

ALEJANDRINA. Sí, sí, señor.

EDMUNDO. Bien: usted me dirá entonces en qué  
puedo servirla.

ALEJANDRINA. De usted dependerá que me vaya  
prontito... y que no me cueste la conversación dos  
o tres visitas de Arellano.

EDMUNDO. Lo que es si depende de mí que se  
vaya usted pronto... En fin, soy todo oídos.

ALEJANDRINA. Antes que nada, debo pedirle a  
usted perdón.

EDMUNDO. ¿Perdón?

ALEJANDRINA. Sí: por haber llegado inoportuna-  
mente. Lo he quitado a usted de estudiar. ¿No estu-  
diaba usted en voz alta?

EDMUNDO. Sí; pero...

ALEJANDRINA. ¿La comedia que se anuncia para  
el lunes, quizás?

EDMUNDO. La misma.

ALEJANDRINA. Iré a verla: iré a aplaudirlo a usted.

EDMUNDO. Va a ser difícil.

ALEJANDRINA. Soy una gran admiradora suya y encontraré ocasión.

EDMUNDO. Muy amable.

ALEJANDRINA. ¿Acaba bien o acaba mal la obra? Porque a mí me ponen nerviosa los desenlaces terroríficos o tristes. ¿Acaba bien?

EDMUNDO. No puedo precisarlo, señora.

ALEJANDRINA. ¿Cómo es eso?

EDMUNDO. Porque acaba en boda... y ¡vaya usted a saber! ¡Yo, al menos, no sé si eso es acabar bien o acabar mal!

ALEJANDRINA. ¡Ah, vamos! ¡Qué ingenioso! Sí: la humanidad no se ha puesto de acuerdo todavía... Cada cual habla de la feria según le va en ella. Y, dejando a un lado el matrimonio y sus consecuencias, ¿a qué se figura usted que vengo?

EDMUNDO. No me figuro nada. Deseando estoy que usted me lo diga.

ALEJANDRINA. ¡Pues vengo a conquistarlo a usted!

EDMUNDO. ¡Qué suerte la mía!

ALEJANDRINA. Así, así: a conquistarlo a usted; al actor mimado y aplaudido... Pero he de advertirle que no soy la de la cartita de esta mañana.

EDMUNDO. ¿Quién le ha dicho a usted...?

ALEJANDRINA. Nadie. Es una hipótesis. Un hombre como usted, que sale a triunfo por obra, ¿cómo no ha de recibir una de esas cartitas a diario?

EDMUNDO. Hay mucho de leyenda en eso.

ALEJANDRINA. Modestia de usted. Mi conquista, de todos modos, ¡es cosa tan distinta, señor galán!... Alguna vez hay que salir del jardín... En su carrera de triunfos no todo han de ser billetes perfumados, miraditas candentes, golpes de gemelos desde los palcos, etc., etc. ¿No es verdad que hablo mucho? ¿No es verdad que mi médico es natural que sea un especialista de la garganta?

EDMUNDO. Sobre esa pregunta se me ocurren dos o tres piropos.

ALEJANDRINA. Pues déjelos usted para mejor coyuntura, y vamos al caso. ¿Conoce usted en Madrid una institución que se llama «Las Obreritas?»

EDMUNDO. No, señora. Algo he oído, pero...

ALEJANDRINA. No es extraño que la desconozca. Es de creación reciente. Yo soy un poco fundadora de ella. Varias amigas mías y yo, interesadas por la suerte de las muchachas pobres, que no viven sino de su trabajo, hemos creado esa asociación.

EDMUNDO. «¿Las Obreritas?»

ALEJANDRINA. Sí. Nuestra misión es dar sombra y cobijo, protección y consejo amable a tanta desheredada de la fortuna como existe. Hacerles ver de cerca, por el trato y el afecto constantes, que hay quien se preocupa de su situación en el mundo. Las atraemos, las educamos, las alejamos de los riesgos posibles, de los abusos de los explotadores de su labor modesta... ¿Comprende usted lo generoso de la causa?

EDMUNDO. Y felicito ardientemente a la fundadora de tan simpática institución.

ALEJANDRINA. A una de ellas. A la que menos vale, sin duda; pero a la más atrevida y charlatana.

EDMUNDO. Desde luego a la más...

ALEJANDRINA. Deje usted también ese piropo... ¡porque no conoce usted a las otras, y puede ser injusto! Pues bien, amigo mío: esta institución, de la que yo me enorgullezco; esta institución, por la que todas recibimos constantes felicitaciones; esta institución, tan altruísta a todas luces; esta institución, que aspiramos a que sea ejemplo de las de su clase... esta institución... ¡no tiene dos pesetas!

EDMUNDO. Cosa muy de sentir.

ALEJANDRINA. Pero remediable. No tuerza usted el gesto.



EDMUNDO. No he torcido nada.

ALEJANDRINA. Ni se ponga en guardia tampoco, porque no es dinero lo que vengo a pedirle. Ya solté que vengo a pedirle a usted alguna cosa.

EDMUNDO. ¡Ojalá esté en mi manol...

ALEJANDRINA. Está. El teatro, que en estos tiempos y en España viene siendo inagotable fuente de caridad, paño de lágrimas de muchísimos necesitados, no ha de mostrarse indiferente a «Las Obreritas». Estamos organizando una función a beneficio de la Caja social, y queremos, para que en un día se agoten todas las localidades, todas, todas, todas, vendidas a buen precio, que usted trabaje en ella.

EDMUNDO. ¡Válgame Dios!

ALEJANDRINA. ¿Eso será una frase de la comedia que estudia usted, que se le ha venido a los labios?

EDMUNDO. ¡No, señoral! Es una frase que pinta mi apuro, mi contrariedad ante usted, ya que me ha pedido lo único, lo único, lo único en que me es imposible complacerla!

ALEJANDRINA. ¿Imposible?

EDMUNDO. Imposible.

ALEJANDRINA. ¿No puede usted tomar parte en esa función de «Las Obreritas»?

EDMUNDO. No puedo.

ALEJANDRINA. ¿Está usted afónico?

EDMUNDO. Ya ve usted que no; pero no puedo. Y crea usted que lo lamento a par del alma.

ALEJANDRINA. No lo lamente usted.

EDMUNDO. ¿Cómo?

ALEJANDRINA. Porque no hay caso, simplemente. Porque yo no me marcho de aquí hasta que usted me diga que toma parte en ella. Voy a mudar de sitio. Esta butaca parece más cómoda. Usted pensará: ¡vaya una señora resuelta!

EDMUNDO. Está usted en su casa, y...

ALEJANDRINA. Conque mire, mire cómo se vuelve atrás. ¿Por qué ha de negarnos usted su concurso, su colaboración, tan valiosa, tan indispensable?...

EDMUNDO. Porque no depende de mí. No hace todavía un mes hemos tomado solemnemente la mayoría de los actores el acuerdo de no prestarnos en lo sucesivo a intervenir en ese género de fiestas.

ALEJANDRINA. ¡Qué disparate!

EDMUNDO. ¿Disparate?

ALEJANDRINA. Y me quedo corta. Es una manía de los hombres esta de tomar acuerdos radicales para no cumplirlos después. ¿Por qué son ustedes tan ligeros?

EDMUNDO. Lo que es éste, por mí...

ALEJANDRINA. Vamos, no se haga usted ilusiones, Edmundo.

EDMUNDO. He empeñado mi palabra, Alejandra.

ALEJANDRINA. Entre los dos la desempeñaremos. ¡Qué bien se está en esta butaca!

EDMUNDO. Además, le he negado ya el mismo favor a algunas otras damas de distintas clases sociales.

ALEJANDRINA. ¡Si lo sé; si todas son amigas mías!...

EDMUNDO. ¡Y seguramente estarán esperando a que yo le diga a usted que sí, para caer sobre mí como una nubl

ALEJANDRINA. Eso, allá ellas.

EDMUNDO. ¡Eso, seguramental! ¡Si el abuso de estas funciones—disculpe usted la claridad con que le hablo—ha sido la causa fundamental de nuestro acuerdo!

ALEJANDRINA. ¿Les piden a ustedes que trabajen en muchas funciones, verdad?

EDMUNDO. ¡En miles!

ALEJANDRINA. Sí que es abusar. Yo, en cambio,

ya ve usted, sólo le pido a usted que trabaje en una: en la nuestra.

EDMUNDO. ¡Así razonan todos! ¡Y no pasa día sin que uno de nosotros reciba una petición semejante! ¡Póngase usted en nuestro caso, señora! Cuando no es para un asilo, es para una escuela, o para una estatua, o para una capilla, o para un hospital, o para regalar una cruz, o para las víctimas de un incendio, o de una inundación, o de un terremoto!... ¿Por qué razón ha de ser el teatro, y sólo el teatro, el arca sin fondo a que todo el mundo ha de acudir?

ALEJANDRINA. Eso, en vez de indignarlo, le debiera halagar a usted. Algo tendrá el agua... ¡Benditas sean las Máscaras que así pueden ser buenas y generosas! El teatro se gloria de ser un arte para todos, ¿verdad? ¡Pues por eso todos quieren ponerlo a cata; probar aunque sólo sean los relieves de su mesa de gran señor!

EDMUNDO. Sí; pero en terreno fuera del arte...

ALEJANDRINA. ¿Fuera del arte...? Y ¿quién limita ese terreno? Fíjese usted. ¿Quién ha dicho que el amor al prójimo no sea esencialmente uno de los más nobles estímulos de todo arte? ¿Es que se pinta, se esculpe ni se escribe para la propia satisfacción tan sólo, o también para enseñanza y recreo de las gentes?

EDMUNDO. Un poco lejos se ha ido usted.

ALEJANDRINA. Donde usted me ha llevado.

EDMUNDO. ¡Qué elocuencial La de la boca, la de los ojos, la de las manos...

ALEJANDRINA. Y si se obstina usted en decirme que no, hablaré hasta con la nariz.

EDMUNDO. ¡Ja, ja, ja!

ALEJANDRINA. Me levanto, pero no me voy. Sigo con mi elocuencia. Aun cuando ustedes los artistas, por puro egoísmo, se contenten con que su arte no

sea más que una luz que alumbre, nosotras, las fundadoras de «Las Obreritas», entre tantas que piensan lo mismo, queremos, no sólo que alumbre, sino que también, como toda luz, dé calor. ¡Hay un enjambre de desventurados en la tierra!

EDMUNDO. Y yo le juro a usted que nada me emociona más, como artista, que el aplauso y la atención de los humildes.

ALEJANDRINA. ¡Entonces! ¡Que se escriban esas palabras!

EDMUNDO. ¡No es preciso! Si a mí los propósitos y la intención de usted y sus amigas me parecen sublimes: ya se lo dije antes. ¡Pero estoy atado por mis compromisos! ¡Por mi palabra!

ALEJANDRINA. ¡Bah! ¡bah!

EDMUNDO. Ni tampoco olvide usted esto: el teatro no es solamente un arte; es también una manera de vivir; es un negocio.

ALEJANDRINA. Para algunos no es más que un negocio.

EDMUNDO. Más en mi abono, pues. Hay en él muchos intereses que defender, que amparar... Intereses también de gente humilde y pobre. ¡Y no pueden prodigarse las dádivas! Pídale usted a un editor que regale libros todos los días... y ¡va usted a oír cosas buenas! ¿Sabe usted lo que decía la otra noche un empresario de teatro que está perdiendo hasta las orejas en esta temporada?

ALEJANDRINA. ¿Qué decía?

EDMUNDO. Se asomó por el agujerillo del telón a ver el público, y al hallarse con que no había en la sala ni quince personas, incluyendo a los acomodadores, masculló entre dientes: «¡Y a esto le llaman el arte de las multitudes!...»

ALEJANDRINA. ¡Ja, ja, ja! Y ¿por qué me cuenta usted eso?

EDMUNDO. Porque si a ese empresario va usted a proponerle que un actor de su casa contribuya a que se llene otro teatro... para beneficio de cualquiera que no sea él... yo no digo que muerda, pero cara de perro, pone.

ALEJANDRINA. Pues será el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Señor, si en su casa de usted no ven a ese actor, ¡deje usted que lo vean en otra! Y a la larga, puede que salga usted ganando. Porque, si bien se mira, estas funciones de caridad son también un reclamo, una propaganda... ¡No me lo niegue usted! El público luego habla de ellas; de sus rendimientos, de sus intérpretes... Prestan a los artistas popularidad, simpatías, éxito, aplausos, aura de triunfo...

EDMUNDO. ¿Tendremos al fin también que dar las gracias?

ALEJANDRINA. ¡Qué duda cabel

EDMUNDO. ¡Sí que cuentan con buena abogada «Las Obreritas»!

ALEJANDRINA. ¡Pobres *pipiolas!* Qué, ¿no les puedo llevar la buena nueva? ¿No se decide usted?

EDMUNDO. ¡Yo le ruego a usted, señora mía, que no apriete más los tornillos! ¡Esto es un potro para mí! ¡Qué más quisiera yo que poder complacerla! ¡Por «Las Obreritas»... y por usted, tan bella, tan simpática, tan persuasiva!...

ALEJANDRINA. Muy persuasiva: ya lo veo.

EDMUNDO. Sí, si lo ve usted, aunque lo niegue.

ALEJANDRINA. Lo que veo es que se está usted buscando, por torpe y por poco galante, unos días horribles.

EDMUNDO. ¿Eh?

ALEJANDRINA. Porque yo acabo aquí; pero desde mañana va usted a empezar a recibir recomendaciones, para que acceda a lo que yo he venido a pedir-

le, y usted me ha negado, de toda su familia, en primer lugar; de sus amigos; de sus admiradores; de sus amigass—me detengo en la *ese* porque sé que son innumerables—; del alcalde de barrio; de los curas de la parroquia; de diez o doce concejales; del gobernador de Madrid; de las hijas del gobernador; de la Banda Municipal; de Palacio; del Presidente del Consejo; de los camareros de casa de Camorra, donde sé que cena usted algunas noches...

EDMUNDO. ¡Bastal ¡bastal ¿No va usted a dejarme vivir?

ALEJANDRINA. ¡No, señor! ¡Hasta que cuente con usted para la función de «Las Obreritas»!

EDMUNDO. ¡Vaya, pues en vez de descargar sobre mí toda esa metralla de recomendaciones, haga usted que sean ellas las que me devuelvan la libertad!

ALEJANDRINA. ¡Admirable! Eso ya es decirme que sí. Yo me encargo de allanarle a usted el camino, y de velar por la seriedad de su palabra. ¡Jesús, qué hombre más recto! ¡Va usted a quedar mejor que nunca!

EDMUNDO. No lo dudo, con tal mediadora.

ALEJANDRINA. Sí; pero usted me debía ahorrar a mí ese trabajo. En fin, algo ha de hacer una. Lo que mucho vale... ¡Gran noticia me llevo! Dios le pague a usted en palmas y en venturas su generosidad.

EDMUNDO. Me considero harto pagado con la demanda.

ALEJANDRINA. Y si las fundadoras de «Las Obreritas» pudieran corresponderle a usted de algún modo, con algo más que la gratitud...

EDMUNDO. Acaso. Por su apellido de usted barrunto... ¿Es usted de la familia del nuevo ministro de Hacienda que ayer juró?

ALEJANDRINA. Sí, por cierto: es mi tío.

EDMUNDO. Pues voy a permitirme rogarle a usted



que le haga una súplica en nombre... en nombre de las benditas Máscaras, tan bien calificadas así por usted.

ALEJANDRINA. Usted me dirá.

EDMUNDO. Suplíquele usted a su señor tío que no inicie sus funciones ministeriales, como casi todos, inventando algún nuevo impuesto sobre el teatro. Dígale usted—por más que él ha de saberlo de sobra; pero, bueno, para que se fije — dígale usted que si el teatro en España no cree que merece, siquiera por su historia, lejos de carga alguna, la atención oficial, como la tiene en otros países, que por fuerza hay que llamar más cultos, tampoco es lícito que se le equipare en punto a impuestos y gabelas con los negocios de más baja estofa. Y que si no lo quiere proteger ni como arte glorioso, ni siquiera como espectáculo, casi siempre culto, que lo mire, al menos, como casa de caridad.

ALEJANDRINA. Ahora me ha aventajado usted a mí en elocuencia. Cuente usted con que le diré a mi tío todo eso... y algo más que buenamente se me ocurra.

EDMUNDO. ¡Infinitas gracias!

ALEJANDRINA. Y le prevengo a usted que él se vuelve loco por el teatro. Le gusta a perecer. No tiene otro vicio. Va a todos los estrenos con la familia.

EDMUNDO. ¡Malol!

ALEJANDRINA. ¿Malo?

EDMUNDO. Sí; ¡porque esos tan aficionados son los que luego, de ministros, nos resultan peores!

ALEJANDRINA. ¡Ja, ja, ja! *Despidiéndose.* Edmundo, amigo mío...

EDMUNDO. Complacidísimo de oírme llamar así por usted. ¿Me atreveré yo a llamarla amiga?

ALEJANDRINA. ¿Por qué no? Adiós, Edmundo. Las muchachas obreras acogidas a nuestro patrocinio lo aplaudirán a usted con el corazón.

EDMUNDO. Pues dígales usted que sus aplausos no me los dediquen a mí, sino a quienes, como usted y sus amigas, velan y trabajan por ellas.

ALEJANDRINA. Adiós.

EDMUNDO. Adiós.

ALEJANDRINA. Y ahora... a seguir estudiando el papel de los gritos.

EDMUNDO. ¡Si viera usted qué comedia más mala!

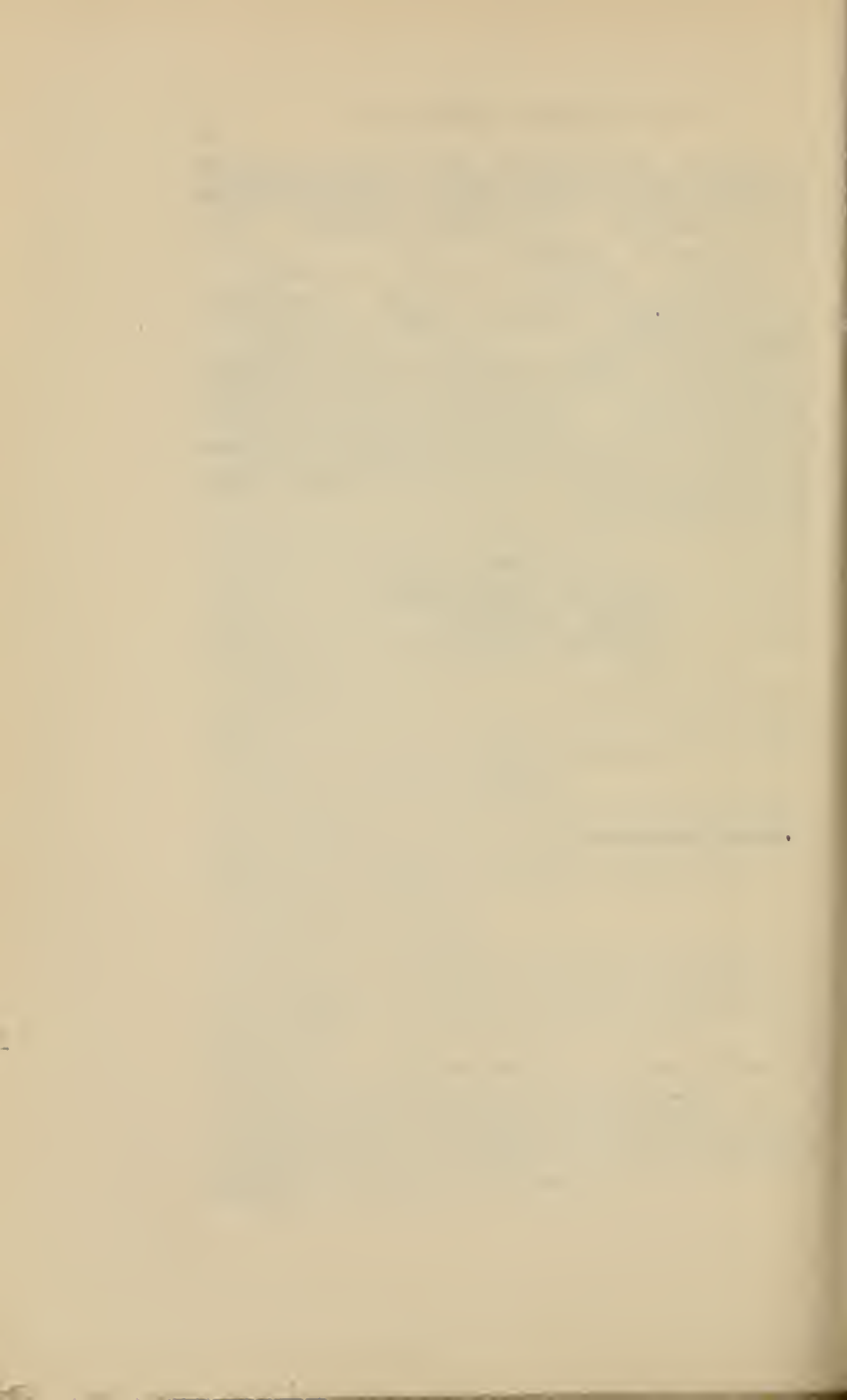
ALEJANDRINA. Haga usted un acto de elia en nuestra función... y así será buena. En todo hay bueno y malo. El toque está en saber descubrir lo bueno... y aprovecharlo oportunamente. Recuerde usted los versos famosos:

*Del más hermoso clavel,  
pompa del jardín ameno,  
el áspid saca veneno;  
la oficiosa abeja, miel.*

FIN

Madrid, mayo, 1922.





## OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

### JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgriima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

### COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—As se escribe la historia.—Febrerillo el loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.—Antón Caballero.

### SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrin o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.

### ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—La quema.—Cabellos de plata.—Las benditas Máscaras.

## ZARZUELAS

### EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijol—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

### EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

## MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

## VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

## EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Editea with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

## TRADUCCIONES

### AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Cain*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER.  
I fastidi della celebrità (*La vida intima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di Garcia.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quien me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

### AL VENECIANO:

Siora Chiaretta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

### AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), por FRANZISKA BECKER y S. GRÄFENBERG.

### AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*), por MAURICE COINDREAU.

### AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

### AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).—Malvaloca, por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caíel).

A Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenário, por ALBERTO DE MORAES.

### AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

---









LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

PRECIO: UNA PESETA

